

**Iglesia Adventista del Séptimo Día**  
**Participe de los**  
**10 días de ORACIÓN**  
**8 al 18 de enero de 2014**  
**[www.TenDaysofPrayer.org](http://www.TenDaysofPrayer.org)**

## Día 7 – Manos limpias, corazón puro

### Formato sugerido para la oración en conjunto

*“Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mateo 6:12).*

#### Alabanza

- Alabe a Dios porque el perdón es una de los aspectos centrales de su carácter (Éxodo 34:6, 7.)
- *“Porque tú, Señor, eres bueno y perdonador, y grande en misericordia”* (Salmos 86:5).
- ¿En qué ha visto obrar hoy a Dios? Alábelo por lo que está haciendo.

#### Confesión

- Dedique tiempo para pedir en privado que Dios escudriñe su corazón y le revele cualquier pecado que lo está separando a él de usted. Cuando Dios le revele sus pecados, reclame su perdón (1 Juan 1:9).
- ¿Hay alguna área de su vida que ha sido un baluarte del enemigo? Si es así, abra su Biblia en Salmos 51 y ore en silencio con ese salmo con un sentimiento de arrepentimiento, para que Dios le otorgue la victoria sobre el pecado.
- En silencio, solicite el perdón de Dios por no estar dispuesto de perdonar a otros.
- ¿Hay alguna persona en su vida que usted necesita perdonar? Pida perdón por no estar dispuesto a perdonar y escuchar, de manera que Dios le muestre cómo enmendar las cosas. Apunte lo que él le está pidiendo que haga.

#### Súplica e intercesión

- Reclame el Espíritu Santo, que es prometido como resultado del arrepentimiento. *“Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo”* (Hechos 2:38, 39).
- Ore para tener bondad filial en todas sus relaciones. *“Antes sed bondadosos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo”* (Efesios 4:32).
- Pida a Dios que le dé reconciliación, sanidad y unidad en todas sus relaciones quebrantadas, incluidas las de: 1) los padres y los hijos, y los demás familiares; 2) los amigos, tanto entre los miembros de iglesia como con los que aún no conocen a Cristo; y 3) el liderazgo de la iglesia y los miembros laicos.
- Ore para que la unidad de la iglesia se base en la Palabra de Dios.

- Ore para que la unidad caracterice a todas nuestras organizaciones, escuelas, ministerios de evangelización, ministerios de apoyo e iglesias. En especial, ore para que su iglesia local esté unida. Ore por medio de la oración de Cristo en Juan 17, en especial los versículos 20 y 21.
- MC: Para que Dios prepare los corazones de las personas y las atraiga hacia sí. Para que sea quebrantado cualquier prejuicio contra los adventistas en las 630 ciudades. Para que los adventistas demos demos el amor de Dios a todas las personas.
- Únase a una o dos personas más para interceder por sus cinco personas y por los que figuran en una tarjeta de intercesión. Ore por estos individuos por medio de promesas. En especial, ore para que ellos puedan experimentar el perdón y perdonar a los demás.
- Ore por otros pedidos que pueda guardar en su corazón.

#### **Acción de gracias**

- Agradezca a Dios por el don de su perdón. *“Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones”* (Salmos 103:12).
- Agradezca a Dios por las formas en las que está obrando en respuesta a la oración.

#### **Cánticos sugeridos**

*“Ven, Santo Espíritu”*; *“Anhelo ser limpio”* (*Himnario adventista* #254); *“Comprado con sangre por Cristo”* (*Himnario adventista* #296); *“¿Quieres ser salvo de toda maldad?”* (*Himnario adventista* #293).

## Elena G. White y el Padrenuestro

***“Perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben”***  
**(Lucas 11:4).**

Jesús enseña que podemos recibir el perdón de Dios solamente en la medida en que nosotros mismos perdonamos a los demás. El amor de Dios es lo que nos atrae a él. Ese amor no puede afectar nuestros corazones sin despertar amor hacia nuestros hermanos.

Al terminar el Padrenuestro, añadió Jesús: “Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas”. El que no perdona suprime el único conducto por el cual puede recibir la misericordia de Dios. No debemos pensar que, a menos que confiesen su culpa los que nos han hecho daño, tenemos razón para no perdonarlos. Sin duda, es su deber humillar sus corazones por el arrepentimiento y la confesión; pero hemos de tener un espíritu compasivo hacia los que han pecado contra nosotros, confiesen o no sus faltas. Por mucho que nos hayan ofendido, no debemos pensar de continuo en los agravios que hemos sufrido ni compadecernos de nosotros mismos por los daños. Así como esperamos que Dios nos perdone nuestras ofensas, debemos perdonar a todos los que nos han hecho mal.

Pero el perdón tiene un significado más abarcador del que muchos suponen. Cuando Dios promete que “será amplio en perdonar”, añade, como si el alcance de esa promesa fuera más de lo que pudiéramos entender: “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dice Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isaías 55:8, 9). El perdón de Dios no es solamente un acto judicial por el cual libra de la condenación. No es sólo el perdón *por* el pecado. Es también una redención *del* pecado. Es la efusión del amor redentor que transforma el corazón. David tenía el verdadero concepto del perdón cuando oró “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí” (Salmos 51:10). También dijo: “Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones” (Salmos 103:12).

Dios se dio a sí mismo en Cristo por nuestros pecados. Sufrió la muerte cruel de la cruz; llevó por nosotros el peso del pecado, “el justo por los injustos” (1 Pedro 3:18), para revelarnos su amor y atraernos hacia él. “Antes—dice—sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Efesios 4:32). Dejad que more en vosotros Cristo, la Vida divina, y que por medio de vosotros revele el amor nacido en el cielo, el cual inspirará esperanza a los desesperados y traerá la paz de los cielos al corazón afligido por el pecado. Cuando vamos a Dios, la primera condición que se nos impone es que, al recibir de él misericordia, nos prestemos a revelar su gracia a otros.

Un requisito esencial para recibir e impartir el amor perdonador de Dios es conocer ese amor que nos profesa y creer en él (1 Juan 4:16). Satanás obra mediante todo engaño a su alcance para que no discernamos ese amor. Nos inducirá a pensar que nuestras faltas y transgresiones han sido tan graves que el Señor no oirá nuestras oraciones y que no nos bendecirá ni nos salvará. No podemos ver en nosotros mismos sino flaqueza, ni cosa alguna que nos recomiende. Satanás nos dice que todo esfuerzo es inútil y que no podemos remediar nuestros defectos de carácter. Cuando tratemos de acercarnos a Dios, sugerirá el enemigo: De nada vale que ores; ¿acaso no hiciste esa maldad? ¿Acaso no has pecado contra Dios y contra tu propia conciencia? Pero podemos decir al enemigo que “la sangre de Jesucristo... nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). Cuando sentimos que hemos pecado y no podemos orar, ese es el momento de orar. Podemos estar avergonzados y profundamente humillados, pero debemos orar y creer. “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1 Timoteo 1:15). El perdón, la reconciliación con Dios, no nos llegan como recompensa de nuestras obras, ni se otorgan por méritos de hombres pecaminosos, sino que son una dádiva que se nos concede a causa de la justicia inmaculada de Cristo.

No debemos procurar reducir nuestra culpa hallándole excusas al pecado. Debemos aceptar el concepto que Dios tiene del pecado, algo muy grave en su estimación. Solamente el Calvario puede revelar la terrible enormidad del pecado. Nuestra culpabilidad nos aplastaría si tuviésemos que cargarla; pero el que no cometió pecado tomó nuestro lugar; aunque no lo merecía, llevó nuestra iniquidad. “Si confesamos nuestros pecados”, Dios “es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). ¡Verdad gloriosa! El es justo con su propia ley, y es a la vez el Justificador de todos los que creen en Jesús. “¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia” (Miqueas 7:18).

~ *El discurso maestro de Jesucristo*, páginas 96-98.